

que os mando ó, mejor dicho, lo que os ruego. No obraréis solamente en favor mío, sino también por vosotros y por el bien de la paz (1).»

De manera que el rey suplicaba, mandaba y se chancaba, pero el Parlamento no cedió. Sobre todo rechazaba la composición de la Sala del Edicto y no accedía á registrar el artículo 27 que declaraba á los reformados aptos para todos los cargos sino en el caso de que el rey se obligara secretamente á no nombrar jamás bailíos, procuradores ni abogados del rey protestantes. El rey se vió obligado á llamarle nuevamente al Louvre y cuando estuvo en su presencia dijo: «Es mi edicto.» Un antiguo liguista, Lázaro Coqueley, á quien la clemencia de Enrique IV había convertido á las ideas de tolerancia, exhortó á sus colegas, en nombre de la caridad cristiana y en interés de la paz pública, á tratar á los protestantes como conciudadanos. El rey hizo algunas concesiones, permitiendo que la Sala del Edicto de París, en vez de contar seis reformados entre diez y seis consejeros, «se compusiera toda de católicos con un solo reformado;» sin embargo, como compensación, se repartieron otros cinco consejeros entre las salas de las Informaciones. El edicto así modificado fué registrado en 25 de febrero sin que hubiera habido necesidad de desplegar el poder real en una sesión solemne con asistencia del monarca.

Faltaban los parlamentos de provincia. El de Grenoble registró el edicto en 27 de septiembre de 1599. A los delegados del parlamento de Burdeos que protestaban de que su corporación no podía, sin «degradarse,» admitir las concesiones hechas á los protestantes, el rey les respondió: «He hecho un edicto y quiero que se cumpla; y suceda lo que suceda, quiero que me obedezcan; si así lo hacéis, no os pesará.» El parlamento cedió de mala gana (7 de febrero de 1600). El de Tolosa pedía con insistencia que los protestantes no fuesen admitidos en los cargos y dignidades: «Bien veo, replicó el rey á los diputados, que aun conserváis algo español en el vientre; y ¿quién creería que los que han expuesto su vida, bienes, estado y honor para la defensa y conservación de este reino (los reformados) fuesen indignos de los cargos honrosos y públicos como liguistas péfidos dignos de que se les persiguiera, al paso que los que han hecho cuanto han podido para perder este

(1) *Mémoires-Journaux* de L'Estoile, ed. de los Bibliófilos, tomo VII, págs. 163-168.

Estado (los liguistas) fuesen considerados como buenos franceses, dignos y capaces de los empleos?» El parlamento de Tolosa obedeció (19 de enero de 1600). El de Dijón aplazó su resolución pretextando que los Estados de la provincia pensaban formular reclamaciones; pero una vez éstas rechazadas, se decidió (12 de enero de 1600). Fué preciso un mandamiento real para decidir al parlamento de Aix (11 de agosto de 1600). Únicamente el parlamento de Ruán difirió hasta 1609 el registro del edicto «en su forma y contenido,» pero desde 23 de septiembre de 1599 lo había admitido y aplicado con ciertas restricciones. La energía de Enrique IV había vencido todas las resistencias.

El edicto de Nantes inauguraba la era de tolerancia, y por esta razón merece constituir una fecha en la historia del mundo. El Estado intervenía entre dos Iglesias que se odiaban para obligarlas á sufrirse recíprocamente y aun á respetarse. Ningún otro país de Europa presenta en aquella época un espectáculo de tolerancia semejante: en todas partes las religiones del Estado oprimen los cultos disidentes; Francia, á diferencia de las demás naciones cristianas, adoptaba el régimen de la libertad religiosa y no hacía ya de una creencia la condición de la nacionalidad.

Pero este progreso era obra de las circunstancias más bien que de las voluntades: el advenimiento de un rey protestante y el agotamiento de los partidos habían impuesto aquel compromiso, y la libertad de conciencia y de culto no aparecía como una concepción nueva de los derechos del individuo y de los deberes del Estado. En el mismo preámbulo del edicto de Nantes, Enrique IV lamentaba que Dios no hubiese querido «todavía» que le rezaran y adoraran todos los franceses «en una misma forma y religión.» El ideal de los políticos y de los creyentes en aquella época es una sola fe para un solo país. ¿Cuánto tiempo durará, pues, esa prueba que hería tantas convicciones y tantos prejuicios? Aquellos tiempos eran contrarios á la tolerancia; las masas se mostraban furiosamente hostiles á ella, que no tenía más garantía que la voluntad del soberano: todo le era adverso, las instituciones y los hombres.

La Iglesia, que aspiraba á la dominación y á la salvación de las almas, y la monarquía, que tendía al absolutismo y á la centralización, ¿consentirían en soportar mucho tiempo, aquélla la competencia de la herejía, y ésta la existencia de un Estado dentro del Estado?



Asesinato de Enrique IV de Francia, según un dibujo de Marold

## ENRIQUE IV Y LUIS XIII (1598-1643)

POR JUAN H. MARIEJOL, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE LYÓN

### LIBRO PRIMERO

#### EL GOBIERNO DE ENRIQUE IV

##### CAPITULO PRIMERO

###### DESPUÉS DE LAS GUERRAS DE RELIGIÓN (1)

I. Miseria y desórdenes. — II. Desorganización administrativa. — III. Agitación de los espíritus

###### I.—Miseria y desórdenes

La guerra había sido general, de partido á partido, de ciudad á ciudad, de castillo á castillo; los ciudadanos, los obreros y hasta los aldeanos, gente pacífica, se habían batido y la pérdida de vidas humanas había

sido enorme. Los sitios, el paso de los ejércitos, los pillajes, los saqueos, los incendios habían multiplicado las ruinas; «las granjas, las quintas y casi todas las aldeas,» dice una Declaración real de 16 de marzo de 1595, estaban «deshabitadas y desiertas;» y las labores habían cesado casi en todas partes; no había rentas públicas ó privadas que no tuvieran «detrimento ó valor nulo;» los caminos estaban obstruidos por barrancas; los puentes oscilaban y se hundían, y los taludes y diques de los ríos se desplomaban. El mar, en donde el rey no tenía ya ni un buque, estaba abandonado á los piratas de todas las naciones; y en tierra como en el

(1) FUENTES: Berger de Xivrey, *Lettres missives de Henri IV*, tomos IV-VII, y Guadet, *Supplément*, VIII. De Thou, *Histoire universelle*, 1734, XIII. P. Matthieu, *Histoire de France sous les règnes de François I... Henri IV...* 1631, II. Palma Cayet, *Chronologies novenaire et septenaire*, 1589-1598, 1598-1604. L'Estoile, *Mémoires-Journaux*, ed. Jonaust, 1879, VII. Carlos Loyseau, *Cinq livres du droit des offices avec le livre des seigneuries et celui des ordres*, 1613. Du Haillan, *De l'estat et succès des affaires de France*, 1609. *The View of Franca. Un aperçu de la France telle qu'elle était vers l'an 1598*, por Roberto Darlington, secretario del embajador de Inglaterra cerca de la corte de Francia, traducción del inglés por Emerique, 1892. El viaje á París del inglés Tomás Coryate, tomado de sus *Crudities*, traducido y anotado por R. de Lasteyrie, «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris,» tomo VI, 1879; idem. *Description de Paris en 1599*, del balense Tomás [Platter (el joven)], XXIII, 1896. Alberi, *Relazioni dagli ambasciatori veneti*, serie I, IV y sobre todo el tomo XV (apén-

dice) de la colección. Barozzi y Berchet, *Relazioni dagli ambasciatori veneti* (siglo XVII), Francia, I, 1857. Vizconde de Gerard, *Les Chroniques de Jean Tardé, chanoine... de Sarlat*, 1887. Lontchitzky, *Documents inédits pour servir à l'histoire de la Réforme et de la Ligue*, 1875. Isaac Laffemas, *Histoire du Commerce de France*, 1606, reimpresa en los «Archives curieuses,» 1.ª serie, tomo XIV. *La prise et défaite du capitaine Guillery*, 1609, publicada por E. Fournier, «Variétés hist. et litt.,» I, *Histoire véridique des grandes et exécrables voleries et subtilités de Guillery*, ed. Benjamín Fillon, 1848. Madame de Witt, *Mémoires de Madame de Mornay*, «S. H. F.» I, 1868. *Traité de la Réformation de la Justice* (de Du Refuge, presidente del presidial de Tolosa, publicado por Dufey entre las «Oeuvres inédites du chancelier de L'Hopital,» I y II, 1825. Robillard de Beurepaire, *Cahiers des Etats de Normandie sous le règne de Henri IV*, I (1589-1601), 1880. Villegomblain, *Les Mémoires des troubles arrivés en France*, tomo II, 1668. Isambert, *Recueil des anciennes lois françaises*,

mar corrían los mercaderes los mismos riesgos. «Francia y yo, escribía Enrique IV, necesitamos tomar alien-tio» (1.º de mayo de 1598).

Los tres Ordenes habían padecido de un modo desigual, pero duramente.

La Iglesia, aunque de mala gana, había contribuido á los gastos de la lucha con una parte que el clero de Auxerre, en 1593, estimaba en tres millones de libras de renta; y de ser cierto este cálculo, los eclesiásticos, á quienes el Tercer Estado atribuía, en 1561, una fortuna de 120 millones en bienes inmuebles que producían una renta de cuatro millones, habría perdido, en el período comprendido entre ambas fechas, las tres cuartas partes de la misma (1). La exageración es evidente, pero el sacrificio debió ser grande.

La Nobleza no tenía, como el Clero, el recurso de los diversos honorarios para reparar sus pérdidas. La explotación de las minas de América había proporcionado á los españoles, y por mediación de éstos á los demás pueblos de Europa, una masa enorme de oro y de plata que, á consecuencia de su abundancia, había perdido algo de su valor. La potencia de compra del numerario había bajado en Francia, según La Noue, en la proporción de 4 á 1, y por consiguiente los nobles que habían cedido tierras á sus labradores mediante el pago de cánones en dinero, continuaban percibiendo la misma renta, pero de diferente valor, pues lo que antes costaba cinco sueldos, costaba veinte en tiempo de Enrique III, con lo que se arruinaban sin saberlo.

Y sin embargo, habían tenido que hacer la campaña, pagar soldados, defender sus castillos y proteger sus tierras.

Ya entre 1583 y 1585, estimaba La Noue que las nueve décimas partes de la nobleza se veían embarazadas por enajenaciones de alguna porción de sus

tomo XV (cómodo, pero poco seguro); acúdate para comprobación á Fontanon, *Les Edicts et ordonnances des rois de France depuis Louis VI dit le Gros jusques à présent*, 3 vol. ed. de 1611.

OBRAS DE CONSULTA: Ed. Bonnaffe, *Voyages et voyageurs de la Renaissance*, 1895. Babeau, *Les Voyageurs en France depuis la Renaissance jusqu'à la Révolution*, 1885. Fagniez, *L'Economie sociale de la France sous Henry IV*, 1897. Hannotaux, *La France en 1614*, tomo I de la *Histoire du cardinal de Richelieu*, ed. de 1896. P. de Vaissière, *Gentilshommes campagnards de l'ancienne France*, 1903. D'Avenel, *Histoire économique de la propriété, des salaires, des denrées et de tous les prix en général*, 1894-98, 4 vol. Poirson, *Histoire de Henry IV*, III y IV. Hauser, *Ouvriers du temps passé (XV<sup>e</sup> et XVI<sup>e</sup> siècles)*, 1898; del mismo, *Les Origines du capitalisme moderne*, «Revue d'Economie politique», 1902. Martin Saint-Leon, *Le Compagnonnage*, 1901. Perrens, *L'Eglise et l'Etat en France sous le règne de Henri IV et la régence de Marie de Médicis*, 1873, I.

(1) Sobre la libra tornesa (moneda imaginaria), véanse las observaciones y referencias de las páginas 199 y 200 de este tomo. Según Natalis de Wailly, valía 3'78 francos en 1561, 3'14 en 1580 y 2'92 en 1602. Según Avenel, tomo I, pág. 481, valía 3'11 desde 1561 á 1572; 2'88 desde 1573 á 1580 y 2'57 desde 1580 á 1601. Si difícil es determinar su valor absoluto, es decir, en peso de plata ó en peso de oro, es casi imposible establecer la diferencia entre su potencia de compra entonces y ahora ó, como se dice, su valor relativo. M. de Avenel, tomo I, pág. 27, nota 1, y pág. 32, nota 1, cree que después de haber convertido las libras y otras monedas en francos, es menester multiplicar las cantidades de aquel tiempo por 3 desde 1571 á 1575, y por 2 y  $\frac{1}{2}$  desde 1576 á 1600, para obtener su equivalente en cantidades de nuestros días. Pero estos coeficientes son discutibles y discutidos.

bienes, empeños y otras deudas; y téngase en cuenta que nunca fué la lucha más furiosa que á partir de 1585. A fin de desempeñar á los hidalgos abrumados de deudas, el gobierno, recurriendo á una verdadera medida de salud pública, reformó los contratos de crédito, ordenando (julio de 1594) que en las rentas constituidas al dozavo (8'33 por 100) ó al décimo (10 por 100) ó á un interés más bajo, los atrasos de los últimos cinco años, desde 1.º de enero de 1589 á fin de diciembre de 1593, quedarían rebajados en un tercio, ó sea, de 8'33 á 5'54 y de 10 á 6'66 por 100, lo que equivalía á la condonación de un año y ocho meses de intereses sobre cinco años. Bien es verdad que las mismas letras reales obligaban á los deudores así favorecidos á pagar en los ocho trimestres de 1595-1596 el resto de los atrasos y los intereses corrientes, bajo pena de ser privados «de toda gracia y descargo»; pero cuando la declaración de guerra á España (abril de 1595) obligó á la Nobleza á incorporarse al ejército, el rey, que se confesaba incapaz de pagar las rentas de las Casas Consistoriales, prorrogó por tres años el plazo concedido á los prestatarios para saldar sus deudas, permitiéndoles además reembolsar inmediatamente á sus acreedores. Pero no era esto bastante todavía: en julio de 1601 declaraba Enrique IV que las condenas por deudas habían sido causa de la ruina de muchas «buenas y antiguas familias» y que si el mal se extendía, podría «á la larga ocasionar en este estado monárquico algunos trastornos como los que las usuras y grandes deudas habían ocasionado en el pasado á varias repúblicas»; y por esto prohibía á sus súbditos que en lo sucesivo constituyeran rentas «á más alto premio que el dieciseisavo». Esta medida, unida á la de 1595 que autorizaba el reembolso inmediato, ofrecía el medio de tomar prestado al 6'25 por 100 para reembolsar las deudas contraídas á 8'33 y 10 por 100.

Pero aun faltaba que los deudores encontraran quien les prestase. Siendo el dinero escaso y duros los gravámenes que sobre ellos pesaban, hubieron, las más de las veces, para pagar sus deudas, de ceder á los acreedores ó vender castillos, casas, campos y señoríos, lo que motivó durante y después de las guerras civiles una transmisión inmensa de propiedades. En 1605, Francisco Mirón, preboste de los mercaderes de París, calculaba que la mitad de las tierras del reino habían sido vendidas en el Chatelet. Estas tierras pasaron de la Nobleza, que poseía la mayor parte de ellas, á los que se habían mantenido apartados de las turbulencias ó aprovechado de ellas, como los funcionarios del rey, asentistas, advenedizos: desde principios del siglo XVII, «en Champaña, en las inmediaciones de Chateau-Thierry, castillos, feudos y retrofeudos son poseídos... por señores y escuderos cuyos antepasados vendían paño en la pequeña ciudad (2)». Y probablemente lo mismo sucedía en otras partes del reino.

Si, una vez hecha la paz, la nobleza de raza se hubiese resignado á confinarse, como en otro tiempo en el campo, habría podido, viviendo con sencillez, reconstituir ó conservar su patrimonio; pero habíase aficionado á una vida muy diferente. Durante cuarenta años había estado casi siempre en armas, combatiendo

(2) P. de Vaissière, *Gentilshommes campagnards*, pág. 221.

por el rey, por la causa, por la Liga; había perdido la costumbre del «cuidado de los campos»; había visto otros países, se había rozado con príncipes y había conocido el lujo, la civilización y el refinamiento de los Valois; había aprendido por experiencia que los servicios de corte eran los más apreciados y que estando lejos del rey se estaba lejos de su gracia; y había comparado las fiestas perpetuamente variadas de las residencias reales con el aislamiento triste de sus castillos. Y todo esto ya nunca más lo olvidará: empobrecida y desmoralizada, buscará los cargos militares y civiles de la casa del rey; abandonará el cuidado de sus propiedades por la domesticidad del príncipe, y de rural que era tenderá á hacerse cortesana.

Pero en el entretanto, á fin de subvenir á las nuevas necesidades de gastos y á las pérdidas de la guerra, los señores apremiaban á los aldeanos, quienes, saqueados por amigos y enemigos, ya no podían aguantar más y, desesperados, se sublevaban. En 1579-1580, los aldeanos delinenses de ambas religiones nieganse á mano armada á pagar los diezmos, los pechos y los censos señoriales (1); en 1590 estalla la Jaquería de los «Gauhiers» en Normandía; en 1592, en la región de Cominges, la gente de tierra baja forman una liga que «denominan campanilla (2) para acosar y hacer la guerra á la nobleza.»

También contra la Nobleza se arman en 1594 los aldeanos del Perigord y del Limousin, los *Croquants* (villanos) y los *Tarò Avisés*, que se quejan de que los hidalgos les hagan pagar la renta al doble y al triple de lo que debían y «en todo y por todo los traten como esclavos.» Varios ciudadanos los dirigían é inspiraban, y uno de ellos, el notario La Chagne, concibió, al parecer, la idea de agrupar á los habitantes de los campos y de convocar á las parroquias, por medio de pa-pelotas para una gran asamblea en la selva de Abzac, en tierra de Limeuil.

Allí se congregaron siete ú ocho mil hombres armados, entre los cuales había muchos soldados de las últimas guerras (23 de abril de 1594), y votaron que la diversidad de creencias no sería un obstáculo á su unión. Los más violentos proponían que se nombrara un síndico de la tierra baja, que se conservaran los campos para el servicio del rey y que se arrasaran las viviendas de los hidalgos que no hacían más que perseguir el buey de su vecino; pero los más prudentes hicieron prevalecer la opinión de enviar una delegación al rey en demanda de permiso para todo esto.

El movimiento se propagaba al Agenois, al Quercy, á la Saintonge y á la Alta y Baja Marca, reuniéndose en 30 de mayo en la llanura de La Boule, cerca de Bergerac, 20.000 aldeanos que agitando sus sombreros en lo alto de sus armas, gritaban: «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Viva el Tercer Estado!»

La agitación, momentáneamente calmada por el perdón que otorgó Enrique IV con la condonación de los pechos atrasados, se reprodujo al año siguiente. En fe-

(1) J. Román, *La Guerre des paysans en Dauphiné*, «Bulletin de la Société départementale d'archéologie et de statistique de la Drome», XI, 1877.

(2) O *Campanere*. Acerca de estas ligas, véanse los documentos publicados por el P. J. Lestrade, *Les Hugonots en Comminges*, 1900 («Archives hist. de la Gascogne», 2.ª serie, fasc. 5).

brero de 1595, los *Croquants* enviaron á los Estados del Perigord una diputación «en nombre del Tercer Estado de la tierra baja» pidiendo un síndico que fuese una especie de «tribuno del pueblo», la disminución de los pechos, la misma organización financiera que en el Lagüedoc, ó sea pecho real y supresión de los Elegidos, y finalmente la restitución á los tribunales ordinarios de las causas en las cuales estaba interesada la Nobleza, y la abolición del privilegio de ésta de avocación «lo mismo al parlamento que al consejo del rey.»

Aquel año (1595) no se sembraron las tierras de aquellas comarcas y hubo gran carestía en abril, mayo y junio. Los aldeanos, yendo de un lado á otro con banderas y pendones, pasaron el Dordoña y se diseminaron por el Bajo Perigord. El senescal Enrique de Bourdailles, que no tenía soldados, formó contra aquella liga de aldeanos una liga de hidalgos, los cuales, en los artículos de su asociación, acusaban «á los pueblos» del Limousin, Perigord, Quercy y Agenois, de alzarse contra todo derecho divino y humano, porque se negaban á pagar los diezmos «ordenados desde el principio del mundo para el servicio de Dios» y los pechos debidos al rey, y trabajaban para derribar la monarquía y establecer una democracia á semejanza de los suizos.

Los dos ejércitos se encontraron en Saint-Crepin-d'Auberoche (26 de agosto de 1595), y después de un combate que no fué reñido ni decisivo, los nobles regresaron á Perigueux y los *Croquants* se retiraron hacia Saint-Alveres, «murmurando y acusando» á sus jefes de traición. A poco se dispersaron, y como el término de las guerras civiles prometía cierto alivio á sus males no volvieron á reunirse.

Aquellas insurrecciones eran la manifestación superficial de una hostilidad, que subsistió, entre señores y súbditos.

La burguesía vivía de su ahorro, pero también este ahorro se agotaba. El Estado, que pagaba irregularmente los sueldos de los funcionarios, pagaba tan mal, desde 1585, los intereses de la deuda pública, que en 1605 debía 60 millones de atrasos (unos 160 millones de francos, valor absoluto), y como estaba ya arraigada la costumbre de prestar al Estado, para mayor seguridad, los capitales de las viudas y de los menores, los dotes y los legados de los hospitales y de las instituciones benéficas, no hay que decir cuáles consecuencias traía consigo la suspensión del pago de los atrasos de la deuda.

Las grandes ciudades, aunque protegidas por sus murallas contra el saqueo, estaban empobrecidas á causa de la interrupción del trabajo y de la miseria de los alrededores. «Bien sabido es de todos, escribía Bartolomé Laffemas, sastre del rey, que antes de las turbulencias se hacían cuatro veces más manufacturas (de paño) que ahora.» Los tintoreros de París teñían antes en un solo año seiscientos mil piezas de paño, «lo que al presente no se hace en seis ni en ocho años,» dice en 1604 Isaac Laffemas, hijo de Bartolomé. En Provins, de 1.600 telares (de paño), quedaban cuatro; de 1.500 cabezas de familia, ni siquiera 500. Ya en 1576 holgaban en Amiéns y vivían de limosnas 6.000 obreros de sargas y camelotes; ¿cuál debía ser, pues, la situación de la ciudad después de la Liga y del sitio de 1597?

En Senlis, Meaux, Melun y Saint-Denis la fabricación estaba casi completamente parada. Los concejales de Tours deploraban con alguna exageración (30 de octubre de 1596) que «en la corporación de obreros en seda,» en la que antes de los disturbios había más de ochocientos maestros obreros y más de seis mil compañeros...» «no queden más de doscientos maestros y ningún compañero ni aprendiz.»

Todas las lanas del Langüedoc, del Delfinado y de Provenza salían del reino é iban á Milán y á Florencia, de donde volvían manufacturadas. Francia se veía obligada á comprar al extranjero los paños bastos para trajes de hombres, las telas para lienzo, el calzado y los sombreros, y los ingleses enviaban á Picardía y Normandía barcos repletos «hasta de sus sombreros viejos, botas y zapatos, con gran menosprecio de los franceses y de la policía.»

Los obreros sufrían las consecuencias del cierre de los talleres, de la huelga, de la disminución de los salarios y también de la transformación industrial, que no era un mal pasajero.

Erales entonces más difícil que antes convertirse en patronos.

En los oficios en corporaciones, ó, como se dice, jurados, no pueden llegar á serlo sin haber obtenido título de maestría; pero en aquella época de perturbación económica los maestros que lo confieren tienen más interés que nunca en que no aumente el número de sus competidores, y para ello complican los exámenes y exigen de los obreros una obra maestra de larga y costosa fabricación, siendo benévolos únicamente con los hijos de maestros ó con el compañero que se casa con la viuda de un maestro, y considerando el derecho de «abrir obrador» como monopolio de algunas familias.

En los oficios libres, más numerosos en el siglo XVI que los jurados (1), los obreros pueden llegar á ser maestros sin necesidad de obtener el título de maestría; pero las más de las veces carecen de medios para ello. «Los procedimientos industriales se perfeccionan, creándose nuevas industrias que son ya, como por ejemplo la imprenta y la sedería, industrias mecánicas, y para establecerse no bastan algunos útiles, una tienda ambulante y algunas mercancías, sino que se necesita un material costoso, provisiones, un capital flotante y muchos obreros.»

En las industrias nuevas y, en general, en las grandes ciudades, al patrón de la Edad media, que trabajaba en su tienda con unos cuantos aprendices y compañeros, tiende á suceder una especie de contratista de trabajos. Estos patronos se esforzaron en sacar el mayor partido posible de su dinero y de sus obreros; sostuvieron bajo el precio de la mano de obra, aumentaron las horas de trabajo y pidieron al Estado, á las ciudades y á los parlamentos que fijaran un máximo de salarios, habiendo conseguido su objeto en muchas localidades.

(1) Como reconoce el Edicto de 1581, dice Hauser, *Ouvriers au temps passé*, pág. XXVII, «el trabajo es libre en todas las aldeas, en un gran número de ciudades y hasta en un cierto número de oficios de las ciudades juradas...» Lyon no era ciudad; todos los oficios, excepto cuatro, eran libres bajo la inspección del consulado...; y era permitido «á todos y á cada uno de los mecánicos ir allí á abrir tiendas.»

Los obreros, separados de los patronos, algunos ed los cuales no trabajaban personalmente y ganaban sin «poner manos,» los consideraron como explotadores, y ambas clases comenzaron á mirarse como extrañas una á otra, organizándose cofradías de obreros al lado de las de los patronos y á veces contra ellas. En París, los obreros zapateros están tan mal con sus maestros, que, aun siendo miembros de la misma cofradía, celebran en días distintos sus ceremonias religiosas; además tienen contraseñas, signos de reconocimiento y ritos misteriosos, y cuando uno de ellos es despedido por el patrono, ponen la tienda de éste en entredicho, y descartan, si es preciso por medio de la violencia, á los *garçons* (mancebos) compañeros no afiliados que quieren seguir trabajando (2).

Obreros sin trabajo y labradores á quienes la inseguridad y la miseria echaban de los campos, llenaban las ciudades de una muchedumbre de hambrientos. En París, el lunes 4 de marzo de 1596, contáronse en el cementerio de los Inocentes 7.769 pobres. Las ciudades empleaban á los mendigos válidos como podían; así en Montdidier fórmanse con ellos tres compañías de 50 hombres cada una que trabajan en las fortificaciones bajo pena de látigo y de destierro. Los hospitales rebosaban de enfermos y de inválidos que allí morían por falta de cuidados: desde 1.º de enero á 10 de febrero de 1596, fallecieron en el de París 416 personas, la mayoría de ellas de hambre.

En aquellos centros miserables, es casi endémica la peste que en 15 meses mató en Abbeville (1596-1597) á 8.000 personas, y habiéndose reproducido en 1599, causó en la ciudad y en los alrededores 12.000 defunciones. En París, en la misma época, la coqueluche y las fiebres pestilentes hicieron estragos, y detrás de ellas vino la peste en 1606 y 1607. Las imaginaciones aterradas por tantos males veían en todas partes señales de la cólera divina. «Terminada la guerra entre los hombres, dice L'Estoile, comenzó la de los lobos contra ellos... Principalmente en la Brie, Champaña y Basigni, referíanse crueles hazañas por dichos lobos cometidas» (junio de 1598).

Pasquier no exageraba cuando escribía que quien hubiese dormido cuarenta años, «creería ver no la Francia, sino un cadáver de la Francia.»

Enrique IV, después de firmada la paz, había pensado libertar á sus pobres súbditos de tierra baja de la «opresión y bárbara crueldad de la mayor parte de sus gentes de guerra;» pero no se preocupó más que los gobiernos anteriores de la suerte de los capitanes y millares de soldados que licenció. Desde el 31 de mayo había quedado disuelta una parte del ejército de Picardía, sin haber percibido sus pagas; el rey deploraba no poder pagar á aquellos hombres y prometía que el primer dinero sería para ellos.

Es imposible saber el número de soldados que licenció.

Licenció todas las compañías de caballería ligera, excepto la suya y la de sus dos bastardos, conservando únicamente la compañía de hombres de armas de Mayenne y del condestable de Montmorency. Redujo la infantería real al regimiento de los guardias y á los tres

(2) Véase pág. 202.

viejos regimientos creados en tiempo de Carlos IX (Picardía, Champaña y Piamonte), á los cuales agregó su regimiento de Navarra, y á cuatro compañías de infantes cuyos capitanes, el señor de Nerestang y el señor Du Bourg de l'Espinace, habían cumplido valientemente su deber contra él á las órdenes de los duques de Mayenne y de Nemours.

Al mismo tiempo que dispersaba á los combatientes, prohibales el rey (declaración de 4 de agosto) que llevasen y usasen armas de fuego bajo pena de multa y confiscación de las armas por la primera vez y de muerte en caso de reincidencia.

No todos los soldados volvieron á los campos, á los talleres ó á sus hogares, sino que muchos se introdujeron en las ciudades y se dedicaron á robar á los transeuntes y á los habitantes. En 19 de septiembre de 1598, fueron ejecutados en la plaza de Greve cuatro jóvenes soldados, y en 13 de febrero de 1599, dos más. París estaba tan lleno de ladrones, que fué preciso «hacer cuerpo de guardia y centinela» durante la noche para seguridad de las casas. «Hay menos peligros, escribía en 1599 el balense Tomás Platter, en viajar por una selva virgen que en circular por las calles de París, sobre todo cuando están apagados los faroles.»

El campo estaba infestado de partidas facciosas: en los alrededores de Tournus, ladrones á caballo batían la campaña; y un viajero alemán, Hentzner, hubo de ir por mar de Boloña á Eu para no ser desbalijado. Durante aquel período de 1598 á 1610, interrumpido sólo momentáneamente por la guerra de Saboya, no cesó el bandolerismo, en cuyas filas militaban no pocos nobles.

El capitán Guillery ha proporcionado materia abundante á la leyenda y á la canción. Era, según se dice, el segundón de una ilustre familia bretona que había combatido con Mercoeur contra el rey y con el rey contra el duque de Saboya. Cuando se firmó la paz de Lyon (1601), reunió algunos hombres de su compañía y les dijo que era preciso vivir; y los soldados le juraron fidelidad hasta la muerte. Llévalos al Oeste y sentó sus reales en los confines de la Bretaña, del Poitou y del Anjou, en el país de todas las guerras de partidas, y allí se le juntaron todos los perdidos de la región, llegando á reunir más de cuatrocientos hombres que desde los bosques de Machecoul, de la Chastenerie y de los Essarts, en donde se ocultaban, salían á atacar á los mercaderes, á los viajeros y á las tropas de policía. Su programa, fijado en los árboles, en las carreteras del Poitou y en las inmediaciones de las ferias y mercados, decía: «Paz á los hidalgos, la muerte á los prebostes y arqueros, la bolsa á los mercaderes.» En su fuerte de los Essarts, tenía Guillery cañones para defenderse, y las paredes de su vivienda estaban cubiertas con tapices de cuero de España que sus compañeros habían robado en una correría por mar. Para vencerle, fué menester reunir quince ó veinte prebostes, armar los municipios y llevar contra él 4.500 hombres; su guarida fué tomada, pero él se fugó; su hermano y 80 de sus compañeros fueron enrodados en Saintes (1604). Guillery se refugió en Gascuña y allí se casó y vivió tres años tranquilamente; pero habiendo sido reconocido por un mercader á quien había desbalijado, fué ejecutado en La Rochela, en 4 de diciembre de 1608.

En 1604, el Langüedoc no estaba todavía limpio de cuadrillas de bandidos. Los Estados de la provincia emprendieron el sitio del Bouchet, en Velay, para expulsar de allí al segundón de Senejoul. El barón de Entraigues y tres de sus hijos fueron decapitados en Tolosa por capturas en los caminos reales. Algunos de estos ladrones eran bandidos abominables; así el capitán Bulen, apodado *Sin Miedo*, y el capitán Dubois, ejecutados en Tours, en marzo de 1607 habían confesado ciento veinte asesinatos. El veneciano Angelo Badoer, que fué embajador en Francia desde 1603 á 1605, se encuentra confundido ante tantos crímenes: «Lo peor, dice, es que, aun cuando la justicia se ejerce muy rigurosamente contra los ladrones y asesinos, y aun cuando se ve todos los días ahorcar, descuartizar, enrodar y dar muerte en mil torturas, no por esto se deja de oír hablar de robos y de asesinatos, tanto que puede decirse que la justicia en Francia no cumple su fin natural, cual es con el castigo de los unos dar ejemplo á los demás (1).»

La frecuencia de los desafíos es otra manifestación de ese furor homicida: en 1607 habían muerto en combate singular 4.000 hidalgos.

Durante los últimos disturbios los nobles volvieron á aprender, si es que lo habían olvidado, á hacerse la justicia por su mano; así es que por el motivo más insignificante reúnen á sus amigos, montan á caballo y devastan el país. Pero aún hacen más, y es robar á las herederas ricas, encerrarlas y casarse por fuerza con ellas.

No sienten el menor escrúpulo en sorprender á un adversario y herirle estando desarmado. Uno de los hombres más respetados del partido protestante, el compañero de armas y el consejero más leal de Enrique IV en sus años de prueba, Du Plessis-Mornay, fué asaltado, derribado al suelo y apaleado en una calle de Angers, por un joven, Jorge Vandreuil, marqués de Saint-Phal, que le acusaba de haberle indispuesto con el rey (28 de octubre de 1597). El mariscal de Brissac recogió en su casa de La Guerche á Saint-Phal, sobrino suyo, y se excusó con varios pretextos de entregarlo á los magistrados encargados del proceso. A su vez, los amigos de Du Plessis formaron el proyecto de entrar en campaña con tres regimientos para apoderarse de Saint-Phal y entregarlo al monarca. Enrique IV declaró que se reservaba el derecho de hacer justicia y que la haría tal que todos los parientes del ofendido quedarían satisfechos; pero cuando tuvo á Saint-Phal en su poder, no se decidió á descontentar á los Brissac para dar satisfacción á Du Plessis-Mornay.

Este hubo de resignarse, después de más de un año de espera, con una reparación verbal cuyos términos habían sido fijados por el condestable y por los mariscales de Francia constituidos en tribunal de honor. El culpable pasó un día en la Bastilla y, llevado ante el rey, abominó del acto que había cometido (13 de enero de 1599).

Cuando estas contiendas entre hidalgos no interesaban directamente á la autoridad real, Enrique IV intervenía en ellas discretamente. Al señor de Fontanges prestóle su artillería para sitiar en el castillo de Pierrefort

(1) Barozzi y Berchet, *Francia*, I, pág. 87.